

## PROBLEMA REAL Y SOLUCIONES ARTIFICIALES

**P**UEDE decirse que, prácticamente, el devenir del mundo islámico mediterráneo sólo retiene la atención en la medida en que una alteración en los supuestos del problema de conjunto afectara sensiblemente las posiciones que ocupa en el Mediterráneo uno de los bloques antagónicos. Tal postura, que justifica la delicada coyuntura internacional, no mengua en lo más mínimo la importancia que tiene en sí el fenómeno de evolución que de modo acelerado se ha producido en el mundo islámico mediterráneo, y que sería un error considerar únicamente en el aspecto político. Por otra parte, examinar separadamente cada una de las circunstancias políticas existentes en ese conjunto islámico radicado en la cuenca mediterránea, implicaría la dislocación de un cuerpo entre cuyos miembros existe una unidad que se pone de manifiesto siempre que en algún punto de esa área geográfica se produce algún suceso, como se ha podido apreciar recientemente en ocasión de los acontecimientos del Marruecos francés. Sin embargo, es al mismo tiempo innegable que el concepto de comunidad islámica se ve cada día más sustituido por el de patria, en el sentido europeo de la palabra, es decir, dentro de unos límites geográficos bien definidos que dan nacimiento a intereses nacionales, al culto de un pasado histórico particular desprendido del pasado islámico y de una cultura genuina. Hecho éste que no impide la existencia de una cierta sensibilidad para captar al unísono las influencias externas, así como para evolucionar dentro de la misma línea bajo el influjo de las mismas causas, fenómeno por el cual puede sentarse que el mundo islámico en general, y concretamente el mediterráneo, a pesar de todas sus vicisitudes, sigue constituyendo una comunidad en el alto sentido de la palabra, o sea en el orden espiritual, en razón de la profunda huella que en ellos ha impreso el Islam considerado no ya solamente como una religión, sino como una ética.

Antes de ocuparnos del fenómeno de evolución del mundo islámico mediterráneo y sus derivaciones futuras, creemos conveniente señalar que tomamos como punto de partida de la misma el momento de su máxima decadencia, coincidente con la proyección de Europa sobre esas zonas. Respecto a esa decadencia, creemos asimismo pertinente recordar que se ha extendido, hasta convertirse en axioma, la especie de que ésta se debe al fondo fatalista que entraña el Islam. En la hora en que asistimos al ocaso de potencias que han desechado totalmente de su concepción del mundo y de la vida el factor fatalista, aparece una simplificación arbitraria hasta lo absurdo seguir manteniendo esta tesis rebatida por los acontecimientos a que asistimos. Nos inclinamos, pues, a pensar que la grandeza y la decadencia de los pueblos, de las que tantos ejemplos existen en la Historia Universal, se presenta como una ley cuyo íntimo mecanismo vital queda vedado a la curiosidad humana. Sólo las causas que calificaríamos de bulto se avienen a satisfacer nuestro empeño de inventariar lo que no es inventariable, puesto que «la inteligencia se caracteriza por una incomprensión natural de las cosas de la vida», como hizo observar Bergson no sin ironía. Así podemos apuntar, sin aventurarnos en exceso, como una de las causas del adormecimiento del mundo musulmán en los últimos siglos, el hecho de que el Islam no admite *en el plano religioso* la posibilidad de un desarrollo (1). Conocida la fuerza singular con que lo religioso gravita sobre la comunidad musulmana, al extremo de desbordar ampliamente el marco de la relación del hombre con Dios, para informar todas las manifestaciones de la vida, se explica que esa estabilidad, esa inmovilidad —que no es fatalismo, sino la esencia religiosa del Islam—, acarreará, al ser sistematizada la parte jurídica, social, penal y ritual del Corán, una especie de anquilosis del mundo islámico en aspectos cuya evolución no vedaba el Libro. El Islam oficial, edificado en el transcurso de los siglos, desvirtuó en parte el espíritu del Islam cuyo dinamismo originario, capacidad de asimilación y de construcción personalísima con elementos

---

(1) Tal concepción se contrapone radicalmente a la Cristiana que «considera la revelación como el desarrollo progresivo de un mensaje relativo a la Persona de Cristo... El mensaje concluido, el desarrollo se prosigue aún... según la acción del Espíritu de Dios en su iglesia» (Padre ABD-EL-YALIL: *Aspects intérieurs de l'Islam*). Es decir, que el Cristianismo entraña una modalidad particular del dinamismo que ha influido de modo decisivo en la evolución de Europa.

dispar es incuestionable por ser un hecho histórico sobre el que huelga insistir. En realidad, la estructuración definitiva de un Islam oficial, que había de disimular con su pesada mole parte de la arquitectura sencilla de unos principios coránicos cargados de vitalidad, asestó al mundo islámico mediterráneo un golpe más certero que las derrotas militares e incluso que la pérdida de su dominio en la Península ibérica. Sobre todo si se tiene en cuenta que en esa etapa de lento aquietamiento provocado por dentro se abría para los pueblos europeos una larga era en que preocupaciones ajenas a la religiosidad que los había dominado durante la Edad Media habían de ocupar un creciente lugar en sus mentes. Nos referimos al Renacimiento, trascendental para el destino ulterior del Occidente, ya que utilizando el dinamismo implicado en el Cristianismo que lo impregnaba, empezó a desvirtuar el sentido de ese dinamismo para convertirlo en culto de la razón, en ambición de poderío y en amor de la lucha considerada como un fin en sí. La Reforma aparece dentro de la línea evolutiva del Renacimiento, con sus amagos de preocupación de la eficiencia del hombre considerado como elemento de la sociedad, más tarde plasmada en el espíritu filosófico del siglo XVIII que contiene los principios todos que la Revolución francesa logró extender al ámbito occidental. Este conjunto de postulados racionalistas, progresistas y laicos no sólo han nutrido el cuerpo espiritual, político, social y económico de Europa, sino que han sido Europa representada en abstracciones a lo largo de un siglo, creando el tipo del hombre que «no siente ya su andadura tempórea como una marcha singular y única de la tierra al cielo. El cielo está ya en la tierra, en la vida misma, en su actividad, en su incesante afán» (2).

Por su contextura misma, el Islam no pudo oponerse al empuje expansivo de aquella fuerza asentada en la razón humana —cuando el Islam sólo construye sobre la fe—, razón que aplicada a lo concreto creó una técnica y fijó un método merced a los cuales el Occidente ha logrado un poderío que parecía destinado a imponer una forma de vida cuyo porvenir era el progreso indefinido, igualitario y universal. No se preguntó Europa durante mucho tiempo si esta arrolladora expansión que barría ante sí todos los obstáculos cumplía fielmente su propósito de dicha universal, ni si la civilización que seña-

---

(2) FRANCISCO JAVIER CONDE: «Sobre la situación actual del europeo», *Revista de Estudios Políticos*, núm. 45.

laba como única contenía todos los principios morales y espirituales generadores de una auténtica civilización. No se cuidó de saber si la construcción que levantó sobre los cimientos de la razón y mediante un largo y sostenido esfuerzo estaba a la medida del hombre en quien no se puede separar de modo arbitrario la materia y el espíritu.

Segura de sí, acaso cegada por una razón infinitamente más ciega que la fe, Europa siguió los derroteros hacia los que la llevaba su dinamismo vital y su ansia de más amplio dominio. Sensiblemente disminuído el poderío turco en el Mediterráneo, Francia ocupa Argel en 1830. En 1878, Gran Bretaña se apodera de Chipre. Francia se instala en Túnez en 1881, en tanto que Inglaterra asienta el pie en Egipto y, posteriormente, en el Sudán. Cirenaica y Tripolitania pasan a poder de Italia en 1911. Finalmente, en 1912, Marruecos se convierte en Protectorado francés, con exclusión de una estrecha faja costera, especie de monumento conmemorativo de la misión de otro tipo que la típicamente occidental que España no había de cumplir, en tanto que la zona internacional de Tánger era una bien amañada fórmula de compromiso entre ambiciones a un tiempo paralelas y encontradas.

Las primeras frases del diálogo entre Europa y el Islam mediterráneo, después de las etapas bélicas que se dieron especialmente en Argelia y el Sudán, no reflejan de modo claro un choque entre dos mundos afectados por orientaciones de signo distinto, por no decir contrapuestos. La razón de ello acaso debamos buscarla en la distancia que mediaba entre los dos interlocutores. No se trata de achacar esa distancia al atraso de la civilización musulmana, aun cuando sólo fuera porque antes de emplear la palabra civilización preciso sería determinar cuáles han de ser los elementos constitutivos de la misma y cuál la meta que persigue. Esa parquedad en el diálogo no era provocada por una diferencia de grado o nivel, por un hueco en el tiempo que podría ser colmado más o menos precipitadamente. Había una diferencia radical entre las formas, las contexturas y las esencias de estos dos mundos de pronto en contacto. Situados en planos distintos, los interlocutores tenían en realidad pocas oportunidades de hallar un terreno común donde combatirse mutuamente. Fué el mismo Occidente quien creó sin tardar una zona de encuentro, llevado en parte de su afán de propagación universal de instituciones, conceptos, normas y formas de vida tendentes a sustituir lo genuinamente musulmán. Parcialmente logrado este propósito —con excesivo mimetismo en determinados aspectos por lo que atañe a los musulma-

nes—, puede afirmarse, sin embargo, que pese a las reacciones que ha provocado el contacto con Europa, el Islam sigue siendo fiel a sí mismo, más allá de las accidentales formas exteriores y centrado en ese substrato donde se entraña su fuerza. El caso de Turquía es muy aleccionador a este respecto. Por la voluntad de un hombre fué como si la pleamar progresista, laica y occidentalista sumiese en la nada todo un pasado islámico. Pero operando en profundidad, el Islam permaneció incambiado y presente. Actualmente vemos cómo aflora lentamente esa roca a la superficie de una revolución que ha sido aplacada en su dinamismo inicial por más de cinco lustros.

Este simple ejemplo muestra la carencia de sentido realista del requisitorio que se hace en determinadas esferas internacionales contra las colonizaciones que no han obrado con suficiente energía en orden a transplantar «la civilización occidental» en el ámbito de lo islámico, ello sin cuidarse de considerar el problema desde el ángulo de la conveniencia de un trasplante deseado únicamente por un fanático empeño igualitario. De hecho, las potencias europeas que hubieron de actuar en el Islam se presentaron con el arsenal completo de las ideas al uso, seguras del buen resultado que daría la aplicación universal de sus formas genuinas, sin saber a ciencia cierta qué efectos provocaría en el mundo islámico la sustitución de un modo de vida sumido en la tradición en todos sus aspectos por otro que sólo consideraba el pasado como un eslabón en la cadena indefinida del progreso. Pero el medio ambiente no es un decorado de fondo que el tramoyista puede variar a capricho sin que cambien los actores, o haciéndolos cambiar en el sentido que le conviene. Un ambiente moral y material que durante siglos ha modelado espiritualmente y físicamente las generaciones sucesivas no puede ser sustituido sin plantear problemas, porque se opera con seres vivos y no con meras ficciones. De suerte que Europa se halla actualmente ante el hecho de que los personajes del escenario islámico mediterráneo son realidades concretas, cargadas de inquietudes y deseos, vacilantes respecto a sus decisiones en el orden internacional, porque íntimamente desgarradas por las solicitudes de su propio mundo y las del occidental, mundos que sin ser irreconciliables precisan de una armonización que no es tarea fácil, en particular al tratarse de países que no constituyen o sólo constituyen desde un plazo relativamente corto una Nación, es decir, «un cuerpo espiritual adquirido en el curso de la Historia —una forma que cambia y aun cambiando permanece fiel a sí misma» (W. Weidlé).

Deliberadamente nos abstenemos de considerar el caso particular de los nacionalismos norteafricanos, por entender que el problema cala más hondo, es más vital y complejo que la concesión o el logro de una liberación de tutela que una vez descartada dejaría en pie el dicho problema planteado con todo rigor en los pueblos islámicos independientes, a saber, asimilar lo que de Occidente no sólo ha de ser útil, sino necesario, para cooperar en las tareas mundiales, manteniendo a salvo los valores permanentes del Islam.

Nos complacería poder apuntar sin reservas mentales cuáles han de ser los aspectos de Occidente cuya copia o sencilla imitación supondría un provecho indudable para los pueblos islámicos; pero pecando acaso de pesimismo se nos aparece que en esta crisis de nuestra civilización, crisis de lo político, lo económico, lo social y lo cultural, tal vez sea conveniente preguntarse si los principios que la han informado y dominado en estos últimos cien años, y a cuyas últimas consecuencias estamos llegando, han sido inspirados por el deseo de mejorar la suerte del hombre total, que es a un tiempo cuerpo y alma. Ciertamente que ante las conquistas logradas por la inteligencia en el aspecto material, ante las facilidades, el *confort*, la elevación del nivel de vida, las posibilidades de combatir las epidemias, la organización benéfico-social, etc., tiene visos de paradoja poner en duda las excelencias de nuestra forma de vida. Sin embargo, y este es el reverso del vistoso cuadro que se nos adentra por los ojos, el nivel intelectual, artístico, y sobre todo moral, del mundo que ha dado a luz a esta civilización está netamente en baja. El hombre tiende a integrarse en la masa. Las guerras alcanzan un grado de crueldad y salvajismo insospechado. Los problemas políticos y sociales florecen por doquier, sin visos de auténtica solución. La situación económica es poco menos que insoluble. Los fanatismos ideológicos no tienen precedente, en intensidad y volumen, en la Historia. El mundo ha dado pasos atrás en cuanto a civilización, si bien ha adelantado prodigiosamente en todo lo que se refiere a progreso material. Pero como una verdadera civilización implica un equilibrio entre lo espiritual y lo material, hemos de preguntarnos si la religión de la ciencia, la superstición fetichista del tecnicismo aplicado a todas las ramas del saber y el hacer, y el abuso de las ciencias mecánicas, que son la más exacta expresión actual del Occidente —incluyendo en el mismo a América—, no han creado en realidad una especie de barbarie disfrazada con la más-

cara del progreso. Tal parece confirmar la U. R. S. S. copiando vorazmente el tecnicismo y la potencia industrial de Occidente. La cuestión se torna más aguda si tenemos en cuenta que este progreso ha empequeñecido el mundo, en razón de la rapidez de las comunicaciones, la radio, el cine, la prensa y la mayor difusión de una cultura igualitaria e impersonal, especie de diccionario enciclopédico puesto en manos de todos. De suerte que actualmente puede decirse que no quedan a salvo en el mundo islotes donde la vida pueda fluir con ritmo y modalidades radicalmente distintas de como fluyen en otros sitios. Por ello, las ideas que reflejan a Occidente y la técnica que lo definen se han extendido a los países islámicos, sean éstos independientes o no, y han modificado su psicología en la medida en que ha sido modificado el cuadro establecido por la tradición.

Así, en el aspecto estrictamente familiar, es innegable que aunque la autoridad del jefe de familia sigue siendo una realidad, ésta ha perdido de su antiguo vigor y eficacia bajo la presión de las ideas individualistas importadas por el vehículo de una cultura que toma sus directrices en Occidente. De ahí que se venga planteando con creciente frecuencia el problema, pequeño en sí, pero revelador de un estado de espíritu y de una actitud frente a la vida, que es el de una latente rivalidad entre dos generaciones. No se trata de una rebelión de las juventudes. Se trata de que las juventudes de todos los países islámicos ocupan ahora un lugar en la sociedad musulmana, hecho que se desconocía hasta que Europa se proyectó sobre el Islam. Y si en el orden político esta presencia supone una forma curiosa de desasosiego y nervosismo, en el orden familiar es evidente que provoca un cambio en la estructura tradicional, que se traduce en particular en la cuestión matrimonial. Discutida antes en el solo plano social, se sitúa ahora en el plano individual (3). Por otra parte, la industrialización y la revalorización de los territorios islámicos acarrea la adopción de la técnica moderna, con la secuela de transformaciones en las más humildes capas sociales sometidas a disciplinas laborales y formas de vida que se aproximan tanto a las

---

(3) Es revelador de este aspecto de la transformación profunda del Islam bajo la influencia de Europa la encuesta llevada a cabo por el semanario *As-Salam*, de Argel, en la cuestión de los matrimonios mixtos, caso típico del planteamiento en el plano de lo individual de un problema que en tierras de Islam ha sido considerado como familiar y social.

europas, que estamos asistiendo al nacimiento de un proletariado musulmán, que por su similitud con el occidental se inclina a adoptar las fórmulas de sindicación y organizaciones obreras informadas por algunos principios que el Islam desconoce, tal como desconoce en su sistema social el concepto de la libre propiedad. Estas simples observaciones, tangentes con la evidencia, sólo tienden a señalar cuán difícil es discriminar en lo occidental lo que conviene o no al genio profundo del Islam para dar mayor impulso a su renacimiento sin alterarlo sustancialmente. Una copia más o menos fiel de la *forma* de Occidente acarrea una alteración política, social y cultural que reclama soluciones a su vez inspiradas por las normas de un Occidente que sobre ser radicalmente distinto en su esencia del Islam se halla en una postura delicada, ya que, en realidad, está llegando a las postreras fases de una evolución que partiendo de la aplicación de la estricta razón al vivir se ha torcido hacia la sed de dominio terrenal. La disyuntiva para el Islam mediterráneo es, pues, asimilar lo asimilable sin peligro de un mundo moderno cuyas fronteras virtuales son más amplias que las reales, o perecer, si se niega a esta asimilación, en cuanto conjunto de naciones de obediencia islámica, ya que no como Islam religioso, cuestión esta que dejamos aparte.

En lo que respecta a la defensa de los valores intrínsecos de que el Islam es portador, y que ha sabido conservar intactos a través de crisis internas muy difíciles de salvar, se ha de señalar que hasta ahora el contacto con Europa no ha menguado el sentido consustancial con el musulmán de la primacía de su fe frente a las inquietudes y ambiciones políticas, la sed de verdad científica, las preocupaciones sociales o filosóficas. Por muy influídos que estén por ideologías europeas los movimientos políticos o nacionalistas que existen en el mundo musulmán, sus creadores o animadores no han cesado de proclamar su pertenencia a la fe coránica. Incluso un movimiento originariamente impulsado por el comunismo, como el Partido Popular Argelino de Messali Hach (actualmente M. T. L. D.), tiende a señalar su preocupación religiosa, lo cual se observa con mayor nitidez en movimientos también nacionalistas, como por ejemplo, el Istiqlal, que ha surgido sin padrino moscovita; lo cual no quiere decir exactamente que estén a salvo de influencias ideológicas externas, motivo que nos induce a pensar que tanto el citado movimiento como los existentes en diversas partes del Islam mediterráneo, en la actualidad se encuentran situados, desde un pun-

to de vista doctrinario, en la confluencia de lo islámico y lo occidental, sin haber operado una síntesis de ambos mundos. Por ello, aun descartando en absoluto la más leve sospecha respecto a la buena fe de los jefes de estos partidos o movimientos, cabe preguntarse si es muy posible, prácticamente, mantener a salvo los fundamentos de la ética musulmana y al mismo tiempo incorporar pura y simplemente a los programas los postulados básicos de un mundo ajeno a lo islámico, cuyos principios políticos, sociales, económicos y culturales están, por lo demás, en crisis.

En reciente artículo (4), el «leader» del Istiqlal, Al-lal El Fasi, refiriéndose a la Constitución y reglas de su partido, decía que «están inspiradas en las reglas y la Constitución de organizaciones políticas que existen en otros países». Y más adelante: «Consideremos ahora nuestro programa. El Istiqlal está a favor del establecimiento de una democracia política. El Istiqlal pide un régimen de monarquía constitucional con un gobierno responsable ante un parlamento electo. El Istiqlal pide una democracia social y económica que garantice las libertades y derechos sociales contenidos en la Declaración de los Derechos del Hombre. En el terreno económico, el Istiqlal está a favor de un régimen que asegure la utilización racional de nuestros recursos y fomente la necesaria iniciativa privada para el desarrollo del país. Llegado el momento, el régimen trataría de inspirarse en las nacionalizaciones llevadas a cabo por las grandes potencias económicas, tales como Francia, Gran Bretaña y los Estados Unidos». Reproducimos ambas citas por parecernos más aleccionadoras que una demostración personal de la tendencia de las jóvenes generaciones islámicas, formadas en las disciplinas intelectuales europeas, a adoptar, sin elaborarlas nuevamente según las modalidades de la idiosincrasia musulmana, las formas externas de Occidente, y en particular una estructura política, social y económica que se está revelando notoriamente inadecuada para resolver a fondo los problemas que en la actualidad están planteados. Si estas fórmulas, que son el resultado de una evolución que, como ya hemos señalado, se viene gestando desde un Renacimiento cuyo impulso inicial apartó decididamente el Occidente de un Islam basado en la fe, apenas son válidas para este Occidente, que en realidad las viene utilizando en razón de un síncope de su capacidad creadora, hay lugar

---

(4) *Islamic Review*, mayo, 1951; pág. 40.

para poner en duda su eficacia al ser transplantadas a otro clima. Las leyes ancestrales imprimen un sello en el desarrollo de los hombres y de los pueblos, constituyendo respecto a lo colectivo ese «cuerpo espiritual adquirido en el curso de la Historia», sin el cual el concepto Nación carece de contenido. Por otra parte, no vemos en los programas de los movimientos empeñados con entusiasmo y generosidad en la tarea de promover el resurgir formal de los diversos países islámicos, cómo proponen a los pueblos la vuelta al dinamismo originario del Islam; ni cómo, desechando el sometimiento a las condiciones sociales y económicas impuestas por el exterior, se apegan a transformarlas en función de una realidad moderna, pero dentro del marco insoslayable del Islam. El entusiasmo por las formas externas y de fácil mimetismo de la civilización actual, sin previa adaptación y armonización con el modo de ser islámico, presenta el riesgo de no recoger de la misma sino el aspecto materialista, el ansia de dar rienda suelta a las ambiciones y a los apetitos más brutales, el deseo de afirmar la personalidad a cualquier precio que sea, aun haciendo abstracción de los valores morales sin los cuales el Islam pierde todo sentido, como lo perdería el Cristianismo de pretender que informa de hecho la llamada civilización occidental de nuestra época. Las ciencias, las técnicas y en particular las formas modernas del vivir entrañan el germen del materialismo y del ateísmo, por lo que precisan imperiosamente del contrapeso de una espiritualidad plasmada en principios firmes, precisos y hasta intransigentes. Por tanto, acaso sea de lamentar que las élites de los diversos países musulmanes aparezcan más entregadas a la tarea de occidentalizarlos que de reconstruirlos, partiendo de la base de una creación original que es un hecho incuestionable. Por lo demás, una preocupación de modernismo tendente a la imitación sin ponderación de las formas más vulgares y torpes de la civilización moderna es, por un rodeo que ciertamente ofuscaría la conciencia musulmana, un modo sutil de negación de los principios islámicos de los que no cesan de reclamarse. El hecho de esta atención orientada hacia el exterior es tanto más injustificado cuanto que en el Islam mismo se encuentran explícita o implícitamente admitidas soluciones de tipo social o económico que, con modalidades propias, el Occidente ha llevado a la práctica con resultados que aparecen eficaces. Así, en lo que respecta a las nacionalizaciones, que ha sido reciente y candente problema del Irán, que puede presentarse en el futuro en algún otro

punto del área mediterránea, es éste un principio admitido por el Corán donde Dios es designado como *Malek al Mulk*, o sea el dueño de la soberanía. Otro tanto sucede con el moderno concepto de previsión que representan los seguros. La idea de los seguros mutuos (*Ma'aqil*) se encuentra expuesta en la Constitución de la ciudad de Medina establecida por el Profeta. Ocioso sería multiplicar ejemplos que de un modo tácito o formal muestran que la ética musulmana contiene conceptos y normas susceptibles de ser adaptadas a las situaciones modernas, ello con las modalidades peculiares de una idiosincrasia modelada por generaciones sucesivas hasta las actuales que, quiéranlo o no, y si son auténticamente islámicas, están inmersas en un mundo distinto del de Broadway, de Piccadilly o de Montmartre. Sólo el que no siente el orgullo de un pasado de grandiosas realizaciones puede acusar ante esta irremisible diferencia en lo esencial un complejo de inferioridad que provoca un torpe esfuerzo de liberación mediante una copia hecha sin discernimiento de todo lo ajeno, sea bueno o malo o simplemente mediocre, lo que resulta peor que malo. La tarea previa de todo esfuerzo renovador es la selección, a fin de determinar qué puede ser transplantado sin peligro y qué debe ser rechazado como contraproducente y nocivo, tanto en el orden material como en el intelectual, político, social, etc. Ante la indignación de los hombres de su tiempo que se lamentaban de la incapacidad española en materia científica, ya hizo observar Unamuno «que la luz eléctrica luce aquí, y corre aquí la locomotora tan bien como donde se inventaron» y que «nos servimos de los logaritmos como el país donde fueron ideados». Aducimos este ejemplo, especie de demostración por lo absurdo, del tipo de transplante de lo occidental que los países islámicos deben realizar en provecho de su bienestar y su grandeza, sin que ciertamente esto implique que desechamos para ellos la posibilidad de que hagan descubrimientos científicos, de que inventen máquinas o que den con un nuevo sistema matemático. Aunque Unamuno en la citada ocasión dijera: «Que inventen ellos... Nosotros a lo nuestro», paradójica, quijotesca y admirable afirmación del destino vario de los pueblos, en que cada cual tiene su tarea y su misión, algo que es «suyo» y no del vecino. Por ello, cuando pueblos ricos de una tradición, pongamos por caso de auténtica democracia fraternal de base religiosa, cual es la del Islam, pretenden adoptar sin modificaciones la estructura democrática occidental, de raíz racionalista y laica, no podemos sustraernos a un sen-

timiento de melancolía y de temor. ¿Es que la nave islámica duda si tiene una ruta y un puerto propios, «lo suyo»? Porque, a nuestro entender, el resurgir de los pueblos islámicos no es ir en pos de los restantes pueblos, ni siquiera mantenerse al páiro con «los otros países». Es seguir la ruta propia, inconfundible, que le señala su genio propio, sin perder de vista que existe un problema real a cuya solución es preciso llegar, y que es la necesidad absoluta para el Islam de engranar firmemente con el resto del mundo, ya que en razón de las evoluciones sufridas bajo el imperio del progreso es imposible que amplias áreas, cuyo valor en todos los aspectos es innegable, permanezcan al margen de un movimiento general, sumidas en formas de vida medievales. Aparte de que la evolución misma de esas áreas hace que se deba desechar de plano toda fórmula de estancamiento. El progreso y su corolario la evolución son hechos que no se pueden frenar ni detener. Lo que sí cabe o debe haber es orientar esa evolución cuyo sentido no es inexorable como el hecho.

En última instancia, es éste el único problema real del Islam mediterráneo, problema complejo, arduo y cuya solución ha de nacer dentro del Islam y no buscando un modelo exterior para copiarlo sin mayor esfuerzo, es decir, aplicando soluciones que serán siempre artificiales si están calcadas del exterior, aplíquense a países dependientes o independientes.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

# CRONICAS

